

HISTORIAS DE VIDA



XUNTA
DE GALICIA



PRESENTACIÓN

Historias de vida, recoge siete historias de siete mujeres gallegas que, después de vivir una vida plena desde mediados del siglo XX, se encuentran, en los últimos años de su vida, acompañadas por el equipo de voluntariado de ASDEGAL ONG.

Mujeres valientes, emprendedoras, retadoras ante la situación social del momento que les ha tocado vivir y sobre todo, capaces de sorprendernos en cada una de sus memorias.

Con estos relatos, recogidos a través de nuestras visitas en las que compartimos experiencias, queremos dar luz a todas las personas que se asomen en cada capítulo, para descubrir que ninguna vida, es una vida cualquiera, sino que es única y merece la pena disfrutarla hasta el final.

Queremos dedicarlo a todas aquellas personas que se encuentran en una situación de soledad, para recordarles que si necesitan ayuda, estaremos a su lado.

AGRADECIMIENTOS

A nuestras relatoras, que nos muestran un horizonte de esperanza con sus historias.

Al equipo de voluntarias y voluntarios que acompañan, cada semana, a quienes se encuentran en una situación de soledad. Gracias a este equipo por dar horizonte a unas vidas que todavía tienen mucho que enseñarnos.

A Noa L. Lorenzo, nuestra ilustradora, que ha sabido plasmar en imágenes creativas tantas memorias y recuerdos.

A Sandra, Ana y Patricia que nos han ayudado en la redacción y traducción.

A la Xunta de Galicia, que nos ha facilitado la ayuda necesaria para poder llevarlo a cabo.

PRÓLOGO

En ASDEGAL llevamos desde el 2009 “Acompañando Soledades”, un proyecto que comenzamos un grupo de amigos, se ha transformado en una red de voluntariado al cuidado de nuestros mayores.

De estos 13 años podría escribir miles de relatos de tantas personas que, durante sus última etapa de su vida, han compartido sus enseñanzas con nosotros. De ahí surgió la iniciativa de este libro de relatos cortos, que una vez más, nos deja grandes enseñanzas. Lo que pretendía ser un altavoz de historias no contadas, ha resultado ser un espacio donde se complementan la superación, la generosidad, el emprendimiento, la capacidad de reinventarse de un grupo de mujeres gallegas o afincadas en nuestra tierra.

Mujeres que nos muestran una historia pasada, no perdida sino aprovechada. Donde la familia, las amistades y la creatividad en el amor, se asoman en cada aventura, en cada ventana que abrimos a lo largo de las páginas de este libro.

Espero que, quien tenga el libro en sus manos, saboree cada pequeño detalle y después de leerlo, descubra, como yo lo he hecho, que cada persona mayor que nos acompaña, tiene una gran historia para contar y todo un camino para seguir recorriendo.

Me anima y nos anima a todo el equipo de ASDEGAL, a seguir adelante en nuestro recorrido, para que construyamos juntos, una sociedad más solidaria donde nadie se encuentre solo.

Teresa Martínez
Presidenta de Asdegal ONG

Una vida plena



Maríaelena Ramos
capítulo uno



Nací el 2 de marzo de 1955 en la Habana (Cuba), la segunda de 4 hermanos. Crecí en una familia donde los recuerdos de disfrutar juntos con mis padres, que me cuidaban con mucho cariño, y jugar con mis hermanos, son los más destacados de mi vida.

En especial estoy muy unida a mi hermana mayor que, aunque de pequeña era la más gamberra y me hacía muchas trastadas, ahora seguimos estando muy unidas, a pesar de la distancia.

Tengo muchos recuerdos con ella, bueno, más bien ¡recuerdo mejor las gamberradas que me hacía! Su "juego" favorito era hacerme rabiarse quitándome la silla cuando me iba a sentar y entonces... ¡plaf! Me caía y venían sus carcajadas, que ahora recuerdo con mucho añoro y morriña, como dicen aquí los gallegos.

La gamberrada que tengo mejor marcada, y nunca mejor dicho, empezó cuando yo era muy chiquitita. Me caí y me rompí un brazo, por lo que yo no podía jugar como antes, pero eso mi hermana no lo entendía, al fin y al cabo, ella también era chiquita. ¡Jugamos tan brusco que se me rompió el otro brazo! Fuimos corriendo a urgencias y allí me pusieron una vacuna que me hizo algún tipo de reacción adversa, y por eso es por lo que tengo esas manchitas en el cuello, pero gracias al equipo médico solo se quedó en un pequeño susto con marcas de guerra en el cuello, que desaparecen poco a poco.

Quería estudiar, así que me empeñé en llegar hasta tercer grado, pero por dejadez de mis padres tuve que dejar de ir a la escuela y opté por buscar donde divertirme y ganarme la vida. Comencé a trabajar de limpiadora, cuidadora de niños, cocinera... y por casualidad, ¡conocí al que más tarde sería mi marido!

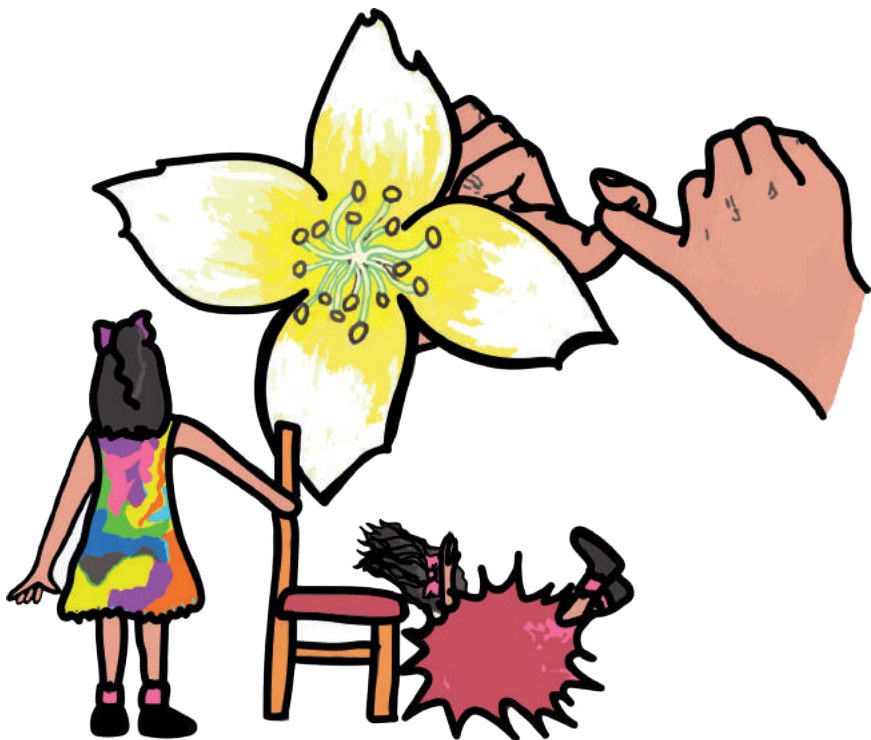
Todo comenzó cuando, jugando al dominó en mi casa con unos amigos de mi padre, como era costumbre, un joven asturiano comenzó a fijarse en mí y yo en él, aunque me daba un poco de reparo, ya que era amigo de mi papá.

Comenzamos a salir y a conocernos un poco mejor. Él me contó por qué estaba en Cuba ya que era español y a mí me generaba curiosidad saber por qué se habíamos mudado a un país tan lejano de su tierra. Ahí fue cuando me enteré de que estaba huyendo del servicio militar, ya que de aquellas comenzaba la segunda guerra mundial, y era obligatorio para los jóvenes mayores de 18 años hacer la militancia en su país. No sé si fue casualidad o el destino que nos juntó, pero ¡bendito sea!

Yo tenía algo más de 20 años cuando nos casamos y al rato tuve a mi hijo mayor. Después vino un embarazo doble ectópico y perdí a los dos bebés. En ese momento me dieron la peor noticia de mi vida, y es que los doctores aseguraban que no podría tener más hijos después de eso. Algunos años después, me enteré de que estaba embarazada de nuevo y no lo podíamos creer. Nació mi gran bendición, mi gran regalo, mi hija Yamilet.

Me gustaba cuidar a mis hijos, haciéndolo compatible con mi trabajo y con la pobreza que hay en mi querido país.

Siempre fui una mujer con decisión y carácter, no me servía que me “mandasen hacer algo”, sino que lo hacía porque quería y lo veía. Eso mi marido lo tenía claro. Nos llevábamos muy bien.



Lo que más recuerdo de Cuba son los encuentros con los amigos, el ambiente de familia y la música en la calle, a pesar de los pocos recursos que teníamos.

Mi marido falleció de cáncer en Cuba, yo estaba allí con él. Como mi hija ya vivía en España y mi hijo también había venido a España algunas veces, juntos, me animaron que viniese, porque vivía una situación de pocos medios económicos.

El viaje en avión fue toda una aventura, nunca había volado y todo me asustaba mucho. Pero lo peor ocurrió después, cuando llegué finalmente a A Coruña.

Cuando desembarcamos, nos encontramos con la gente con mascarillas y guantes, asustados hablando de algo llamado "COVID". En Cuba todavía no había llegado la pandemia y por los pocos medios que había, ni siquiera conocíamos qué era. Fue todo un reto para nosotros, sobre todo cuando dimos positivo poco después de estar instalados. Yo me puse muy malita y tuve que ir varias veces al hospital, ¡pensaba que me moría! Pero al final pudimos pasarlo todos sin perder a ningún miembro de la familia, gracias a Dios.

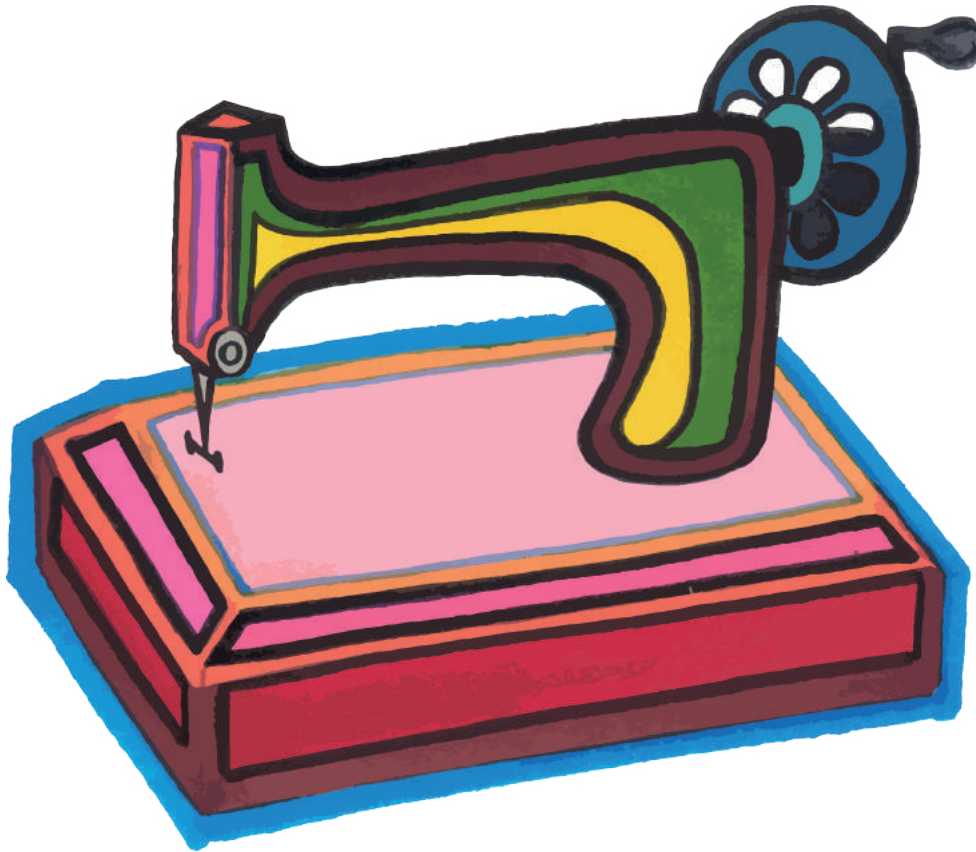
Lo que más me costó fue adaptarme a la mascarilla y el aislamiento, porque no he podido conocer bien la ciudad y a la gente todavía. La mascarilla me empañaba las gafas, no me gustaba, era incómodo, pero ahora parece que la situación se calma y por fin puedo decir que estoy muy agradecida de poder estar aquí con mi gente.

Vuelvo a Cuba a ver a mi hermana y estar con mi familia unos días, todo un regalo para poder disfrutar de tantos recuerdos que siempre llevaré conmigo.

Aquí tengo una nueva vida, donde me pueden cuidar mis hijos y donde la seguridad y la calidad de vida es mucho mejor, pero aun así ¡no cambio Cuba por nada!



Historia de una valiente



Gloria González
capítulo dos

Nací hace 88 años en Oural, una aldea entre Monforte y Sarria. A la edad de 20 años la maestra del pueblo me propuso irme a Venezuela, junto con mis amigas Lola y Adela. Sin dudarlo, decidimos aceptar la invitación y ahí comenzó mi aventura al otro lado del charco.

Embarcamos en la ciudad de Vigo, aunque a punto estuvo de desbaratarse el plan. El día anterior, antes de embarcar, tras recorrer toda la ciudad caminando, se nos hincharon los pies por lo que decidimos meterlos en agua lo que tuvo como resultado que me puse enferma. Por la noche la fiebre me subió a 40 grados y las fuerzas me fallaban. Me llevaron a la enfermería ofreciéndome poner penicilina, pero no quise, así que me dieron un buen vaso de leche caliente con coñac, lo que hizo que al día siguiente tuviera un gran malestar que me duró varios días. Intenté aplazar el billete, pero al no haber más opciones, tomé el barco ya que sabía que sería mi única oportunidad.

El barco zarpó, y como seguía enferma, accedí a me pusiesen penicilina, esto me ayudó a restablecerme y a empezar a disfrutar del viaje. Tras varias paradas -A Coruña, Canarias- y nuevos amigos, finalmente llegamos a Venezuela. Desembarcamos con todo mi equipaje, pero con la emoción de la llegada, se me olvidó un objeto clave: el pedal de mi valiosa máquina de coser.



Primeros pasos en Venezuela

Llevaba el contacto de una maestra instalada allí, que me ayudó a encontrar trabajo en una casa cuidando un bebé de 9 meses. Este fue el primero de los diversos oficios que desempeñé.

Los primeros pasos en el nuevo trabajo no fueron fáciles ya que me encontré con un ambiente hostil por parte de mis compañeras, así que decidí buscar otro trabajo.

Después de una breve estancia en otra casa, empecé a trabajar como cocinera en otro hogar, junto con otras dos chicas, Pilar y Lola. Compaginaba un intenso trabajo con ratos de ocio, entre los que destacan una escapada a hurtadillas al concierto de Carmen Sevilla, durante el cual las cámaras de televisión nos enfocaron, y como consecuencia los niños de la casa en la que trabajaba nos reconocieron y dieron parte a los padres...

Tras esta etapa trabajando en casas, conocí a mi esposo y juntos emprendimos un negocio de hostelería. Más adelante, abordaríamos también el negocio del textil, con una empresa de fabricación de camisas y lavandería.

Recuerdo mis aventuras al volante de las que siempre salí ilesa. Desde choques con otros coches, hasta adelantamientos complicados, pasando por fallos técnicos del volante o autobuses volcados. Siempre conseguí sobrevivir, aunque tengo claro que, Dios estaba a mi lado para guiar mis pasos.



Traslado a Ocumare del Tuy

Nos trasladamos de Caracas al interior del país, a la ciudad de Ocumare del Tuy. Tardamos un tiempo en encontrar una nueva casa, ya que necesitábamos un espacio lo suficientemente grande para albergar las máquinas de coser. Cuando la encontramos el propietario de nuestro anterior piso, al decirle que iban a demoler el edificio, nos dejó llevarnos lo que necesitáramos. Con vistas a construir mi nuevo hogar me llevé algunos objetos, como las persianas y el bidé. Pero poco tiempo después me pidieron devolver estos objetos.

La vida en Venezuela no siempre fue fácil, tuve que superar con coraje numerosos momentos difíciles incluso enfrentándome a situaciones de riesgo. En una de ellas, ví de cerca la muerte, tanto que un cañón de un revólver me apuntó directamente a la cara. Otra situación peligrosa fue descubrir que mi auto era utilizado como punto de intercambio de drogas por parte de los narcotraficantes.

He afrontado diversas enfermedades. Son innumerables los huesos que me fracturé como consecuencia de accidentes domésticos, dejándome muchas secuelas de salud.



Retorno a España

El primero en tomar el barco de vuelta a España fue mi esposo. Velando por el bien de mi familia, traté de convencer a mis hijos y nietos para que tomaran el mismo rumbo, sabiendo que la situación política y económica en Venezuela empeoraba a gran velocidad. Finalmente, todos volvieron a España, en concreto a la ciudad de A Coruña.

Soy una mujer feliz, las experiencias de mi vida me han ayudado a forjar mi identidad y ser quien soy. Gracias a Dios he podido luchar siempre por mi familia que es lo que vale la pena, por las personas que tu quieres.

Comentario de las voluntarias: Es una luchadora, una valiente que ha sabido salir adelante en las dificultades, confiando siempre en que Dios caminaba a su lado y luchando por su familia, en definitiva, es Gloria.

Superación y Resiliencia



Ana Sánchez
capítulo tres

Quiero dedicar este relato a mis padres, a los que tanto quiero, de los que tanto he recibido y he tenido la suerte de poder cuidar.

Nací en Lugo el 26 de julio de 1946. Soy la más pequeña de tres hermanos. Fui una niña que no esperaban que viniera, mi madre no podía tener más hijos, pero a lo hora de la verdad salí yo. El embarazo fue complicado y no se esperaba que viviera ninguna de las dos, pero al final fuimos unas luchadoras...

De niña tengo muchísimos recuerdos. Vivía en una casa de 4 pisos, en el primer piso vivía la dueña de la casa a la cual le tenía muchísimo cariño, se llamaba Nieves, pero nosotros le llamábamos Mamá Ne. Era como nuestra abuela, la abuela que no conocí.

Vivíamos en el segundo, y en el cuarto un matrimonio con 5 hijas bastante mayores que yo, la mayoría eran maestras. El tercero estaba en alquiler, cambiaba de inquilino constantemente. Yo con tres o cuatro años cogía una sillita que tenía en nuestra habitación de juegos, me la llevaba a la puerta de la calle y me iba al primero o al cuarto.

Al primero no iba cuando el hijo de Mamá Ne, Benjamín estaba de vacaciones en casa, era un chico que estaba en la universidad, pero no se por qué le tenía miedo a “ese señor”, creo que, porque se metía conmigo y me hacía broma, hasta que fui cogiendo confianza, en cambio con la otra hija de Mamá Ne, Marisa, de maravillas desde siempre. Marisa tenía un novio portugués que su madre no quería y me usaba de carabina, sigo teniendo muy buena relación con ellos.



Si no iba al primero iba al cuarto, que la señora Estrella era modista y yo me entretenía cogiendo los restos de telas que tiraba al suelo y hacía como que cosía y estaba allí horas, y con su esposo el señor Domingo también, y si ya estaban las hijas jugaban conmigo. Era una niña muy abierta, cuando estaba a gusto con la gente.

Una de las anécdotas que contaba mi madre, era que cuando era pequeña mi hermano Carlos siempre iba a mi lado, y cuando llegábamos a un paso de peatones yo cogía y me ponía en medio de los dos y les cogía de la mano y aunque ellos querían pasar yo le tiraba para atrás y no dejaba que caminaran hasta que no se pusiera en verde. Nunca pasaba en rojo, esperaba hasta que se pudiera pasar.

Estuve en el colegio de las Josefinas, mi madre daba clase allí y me metió allí en parvulitos y yo me lo pasaba muy bien.

Nos tuvimos que trasladar a Salamanca, recuerdo que nos fueron a despedir a la estación, muchísima gente, y me subieron a la ventanilla para despedirme de todos. Tendría unos 6, 7 años.

Ahí sí que tengo bastantes recuerdos, iba al colegio, era una estudiante normal y corriente, ¡hombre aprobaba! Hasta tercero

de bachillerato, que saqué muy buenas notas porque como estaba enferma me habían puesto un profesor de refuerzo. Me gustaban las ciencias, la profesora que nos daba era una monja, Madre Antonia, que me tenía mucho cariño porque sacaba muy buenas notas, salía el encerado cada dos por tres o sea que era una niña que participaba mucho. Las letras sí que no me gustaban, la profesora de lenguas era la madre Lourdes, y Antonia y Lourdes tenían una guerra entre ellas, que al final terminé en medio. Me cambié de colegio y terminé bachillerato, aprobé el preuniversitario y pude entrar en la universidad.



De químicas a geología, de geología a artes y oficios

Empecé químicas porque, desde pequeña, siempre me gustó hacer experimentos, como construir un “sputnik” de papel de aluminio. Ya de pequeña colocaba en fila a mis muñecas y les daba clase. Mi madre también contribuyó ya que estudió física y química y cada verano compraba libros para ampliar sus conocimientos.

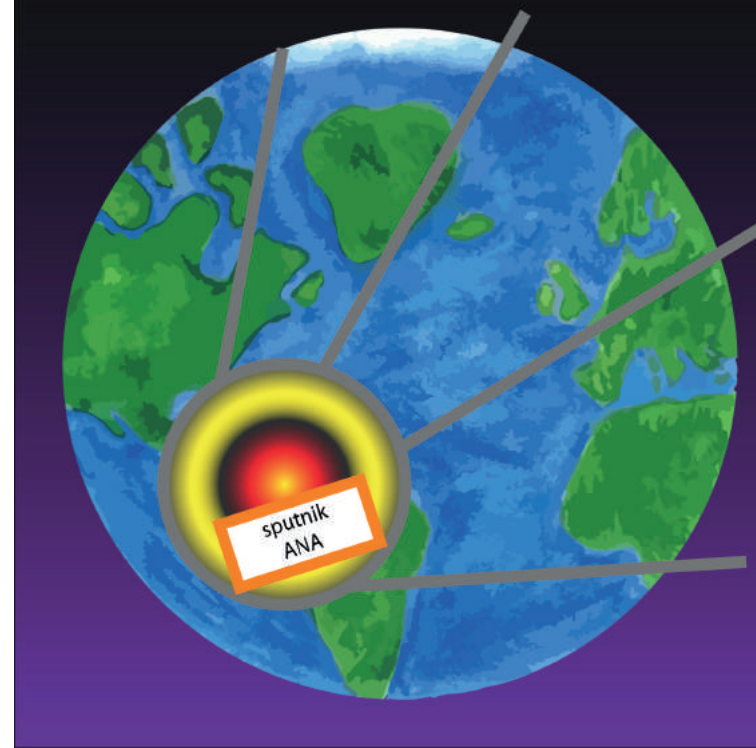
Tenías que aprobar todas las asignaturas para pasar a segundo. Recuerdo que solo biología era una cantidad de folios enormes pero suspendí, fui a hablar con el profesor y me dio una explicación razonable, estude más y saqué mejor nota. No me gustaba mucho la carrera así que me pasé a geología, pero en segundo volví a estar enferma por descalcificación y no pude seguir.

Después hice unos cursos de guardería para montar, estuve trabajando 1 o 2 años en una guardería que se llamaba La pradera. Entre unas cosas u otras yo debía tener ya unos 21 o 22 años.

Hice también Artes Aplicadas y Oficios Artísticos, venía a ser como una formación profesional, era un curso que empecé en la escuela Picasso de Salamanca y terminé aquí en la Coruña cuando volvimos. Eran 5 años, y en el segundo año podías escoger especialidad, escogí tallar madera, hice varias.

A los 28 años, mi padre se puso enfermo y comencé a dedicar más tiempo a cuidarle, mi madre se había venido a La Coruña había pedido el traslado antes de jubilarse, y estábamos mi padre y yo en Salamanca porque a él todavía no le habían dado el traslado.

Volvimos a A Coruña en el 81, no sabía que quería hacer, estaba muy perdida y comencé magisterio, bueno Profesorado de EGB en la rama de ciencia. Acabé en el 85 y comencé a trabajar en sustituciones, clases particulares, etc.



Sí que me presenté a las oposiciones, durante varios años, pero no tuve suerte y dejé de estudiar. Me dediqué a dar clases particulares en academias, en mi casa, y ya hubo algunos años que las daba solamente en mi casa. También en algunos días, de mañana daba clases de manualidades, en centros cívicos, incluso ya jubilada seguí yendo porque me gustaba mucho.

Viví con mis padres hasta que fallecieron y tuve la suerte de poderles cuidar. Mi padre murió en el 96 y mi madre murió a los 91 en el 2004. Yo estuve activa dando clases hasta el 2005.

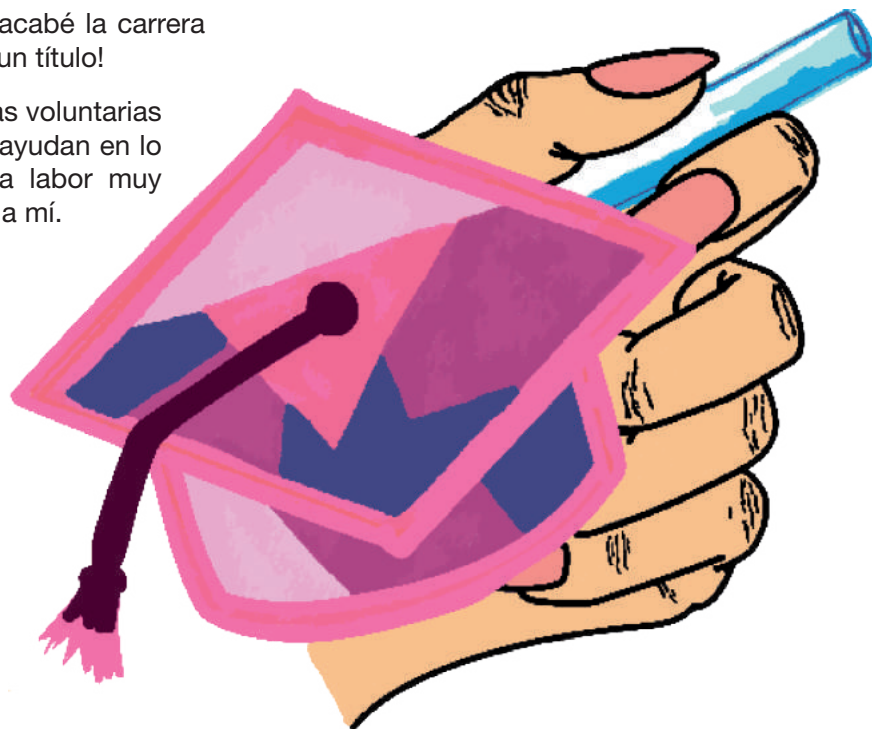
El 24 de enero del 2006, fue cuando tuve un accidente de coche, estuve varios meses de baja. Cuando ya me dieron el alta me jubilaron. El accidente me ha dejado limitada en los movimientos pero eso no me ha quitado las ganas de vivir. Me gusta vivir al día sin planear y disfrutando cada momento.

Para mí lo más importante es la amistad, mantengo amigas de toda la vida y sigo haciendo otras nuevas.

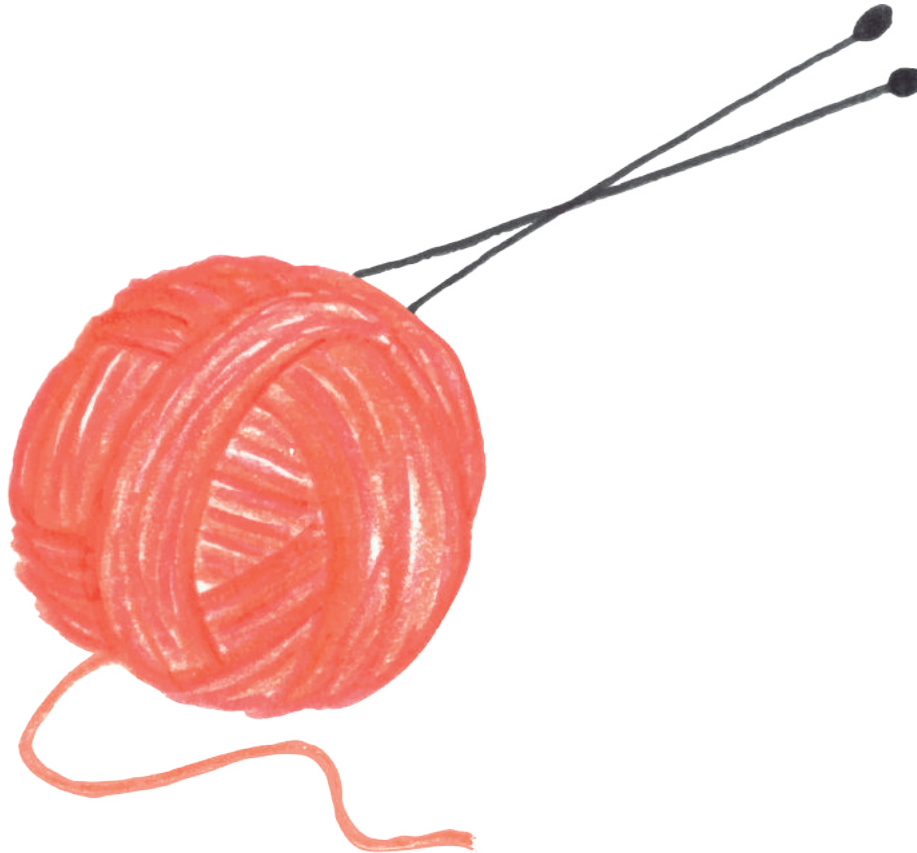
Uno de los mejores recuerdos que tengo es la boda de mi hermano Carlos. Vino mi tío Gori y mi tía Elvira que para mí son referentes. Estuvo toda la familia.

Otro recuerdo bonito, fue cuando acabé la carrera de Magisterio porque ¡por fin tenía un título!

Asdegal es maravillosa, gracias a las voluntarias me siento muy acompañada y me ayudan en lo que necesito. Están haciendo una labor muy buena ayudando a personas como a mí.



Una vida de emprendimiento y superación



Cármén Martínez
capítulo cuatro

Infancia y adolescencia.

Llegué a este mundo un 15 de agosto de 1947, en Betanzos- A Coruña. Mis días transcurrieron en compañía de mi abuela, la que me enseñó lo que era el cariño de verdad, ese amor incondicional, ese amor especial que sólo hay entre abuelas y nietos.

Mis abuelos tenían muchas huertas, cultivaban vino, lúpulo... Recuerdo llevar el lúpulo a la fábrica montada en el carro de vacas con mi abuelo, él era mi príncipe que me llevaba en su carroza.

Mi tía paterna era cocinera de los condes de la Maza y vivía en el castillo que éstos tenían cerca de Illobre. En ocasiones me llevaba a pasar el día allí, y hasta me podía quedar a dormir... Aquello me parecía... yo nunca había visto un castillo... Ahí fue la primera vez que vi y comí zanahorias.



Tuve una infancia muy feliz. Y después, cuando me fui para Santo Domingo, mi vida pegó un giro. Con 8 años mi familia decidió emigrar a la República Dominicana. Como mi abuela estaba enferma del corazón, no me dejaron despedirme de ella, por lo que le dejé una nota en la ventana que decía “Por muy lejos que me vaya no te voy a olvidar nunca”. No poder despedirme me produjo una gran tristeza.



Embarcamos en Málaga, en un barco italiano y la travesía duró 15 largos días. A las cinco de la tarde, el barco se impregnaba de un intenso olor que me gustaba. Y entonces descubrí qué era el té. El olor era maravilloso, penetrante.

Al llegar, nos fuimos a vivir a la primera colonia de españoles de Santo Domingo. Mi padre trabajaba como barbero y mi madre se entregó a las tareas del campo, entre ellas, al cultivo del cacahuate. Un año después mi padre enfermó y tuvimos que regresar a España. Con el dinero ahorrado mis padres montaron un ultramarinos y mi padre continuó trabajando de barbero.

Con sólo 10 años tuve que empezar a trabajar en la tienda y en casa. En 1961, nace mi hermano pequeño, yo tenía 14 años y decidieron que sería la encargada de cuidarlo, para ello me quitaron del colegio, con la oposición de mi profesora.

Madurez y vida familiar

Al poco tiempo conocí a un chico y estuvimos 7 años de noviazgo. Mis padres estaban encantados, porque era un “gran partido”, pero unos meses antes de nuestro enlace me di cuenta de que no podía seguir con él. Así que decidí dejarle, con todo lo que aquello suponía.

Pocos meses después, mi compañera de trabajo me presentó a un chico que se “enamóro” de mí nada más verme. Me conquistó por su inteligencia, nuestras conversaciones...así que, en 1970, con 23 años, me casé con él. Durante los diez primeros años vivimos con su abuelo hasta que pudimos comprar un piso. Tuvimos tres hijos, dos niños y la del medio una niña.

Fueron años difíciles, durante los cuales, en muchos momentos, la convivencia con él se hacía imposible, por su forma de ser y actuar.

En 1987, con cuarenta años, quise poner fin a ese matrimonio, aunque tuvieron que pasar algunos años más y fue en el 92 cuando nos separamos definitivamente, dejándolo todo atrás, incluso perdiendo el contacto con mis hijos porque él los puso en contra mía. Algo que siempre me ha roto el corazón, porque yo aguanté con él todos esos años por el bien de mis hijos y ahora él me los quitaba.

Así fue como regresé a Betanzos, a casa de mi madre, temporalmente. Comencé a trabajar en una mercería donde me volví a encontrar con mi primer novio. Estuvimos siete años juntos.

Una vida de emprendimiento y superación

Con 17 años, comencé a trabajar en una farmacia a la vez que estudiaba el curso de auxiliar de farmacia por correspondencia. Tras varios años en la farmacia, decidí buscar otro trabajo que me permitiera compatibilizar mi vida familiar y laboral. Así fue como comencé en una perfumería cerca de mi casa. Ahí podía llevar a la niña hasta que empezó a ir a la guardería. En 1978, cuando nace mi hijo pequeño, dejé este trabajo. Y con 31 años preparé el acceso a la universidad para mayores de 25.



Tengo un amplio y diverso curriculum, y puedo decir con orgullo que nunca me faltó trabajo, llegando a compatibilizar hasta dos a la vez. He sabido reinventarme en todas las ocasiones, siempre he mirado hacia adelante sin miedo; incluso tras compaginar diferentes trabajos, me aventuré a ser mi propia jefa y luché por los derechos de los autónomos, saliendo en diferentes medios de comunicación.

Trabajando en publicidad, para que se anunciara en el anuario de la Voz de Galicia, fui a visitar al dueño de una tienda muy importante que tenía escaparate viviente. Un señor muy avanzado para la época. Me ofreció trabajar en una futura tienda de telas que, como él decía, sería la mejor de A Coruña y alrededores... y así fue; hasta que hizo una mala inversión en Madrid y se arruinó.

En 1986 solicité el despido, y con el finiquito y lo que recibí del paro abrí una mercería. Combiné mercería y trabajo en el puerto de relaciones públicas y logística hasta que cerré la mercería, pues no daba.

En el año 2000 mi vida dio otro giro, por lo que tuve que volver a reinventarme, a veces aceptando trabajos muy duros. A los dos años, me ofrecí 15 días gratis en una mercería que buscaba personal, y con mi valía y experiencia conseguí el puesto; trabajo que compaginé con la limpieza en una funeraria durante los fines de semana.

En 2006, con 58 años, vendí mi casa de Oleiros y cogí el traspaso de una mercería. Llegó la crisis de 2008, y como veía que no podría salir adelante con el negocio, intenté moverme para pedir ayuda para los autónomos, y hasta conseguí que Tele5 me grabase en un reportaje ofreciendo mi mercería con todo el stock a cambio de un puesto de trabajo fijo... pero nadie se puso en contacto conmigo. A raíz de eso me hicieron una entrevista para las páginas laborales de la revista Inter-viú, "Empresarios con el agua al cuello". Tuve que poner la casa en venta porque se me quedaba el banco con ella y mantuve la mercería hasta 2012, año en el que me jubilé.

Mis últimos años

En el 2007 fallece mi madre, y una de mis primas, al verme tan baja de ánimo, me aconseja que me compre un ordenador, para poder distraerme y adentrarme en las redes sociales. Así comencé a escribir en Facebook y conocí a José Luis, que era de Madrid, y vivía en Asturias. Comenzamos una amistad virtual, al poco tiempo ya estábamos hablando por teléfono y aprendiendo a utilizar

Skype. No había obstáculo que se nos resistiese. José Luís fue de mucha ayuda en otro acontecimiento trágico que sucede en diciembre de ese mismo año: el fallecimiento de uno de mis sobrinos de 18 años en un accidente de tráfico.

Después de un tiempo, José Luís me invita a ir a su casa, y decido ir, aprovechando que mi hermano tenía que desplazarse a esa localidad... Mi hermano me decía, 'pero ¿cómo vas a ir?' Y le dije 'mira, cuándo des la vuelta me llamas y si veo que la cosa no es cómoda, regresamos juntos'. Pero nos fuimos conociendo y así pasaron trece años entre Asturias y Galicia. Cuando no nos veíamos, nos llamábamos todos los días. En febrero de 2017 le diagnosticaron un cáncer que llevó con gran entereza. Y llegó la Pandemia, yo estaba en Betanzos haciendo la mudanza para trasladarme, pero comenzaron las restricciones y el confinamiento, el cual cambiaría la vida a todos los españoles...

Nada más comenzar el confinamiento en marzo, en el transcurso de una vídeo llamada con José Luís, noto que comienza a sentirse peor, intentaba hablar y no podía y de repente se hizo el silencio... Llamé a una vecina para que se acercase a verlo y me corroboró que estaba fatal. Sin dudarle un segundo, cogí un taxi y me fui para allí, para Asturias desde Galicia. Llegué el 30 de marzo y él falleció el 9 de abril.

Pude estar con él en sus últimos días, ya no podía hacer casi nada, hasta le costaba comer. Muchas veces me decía 'no me des tanto de comer, dame más abrazos'. Como no pude despedirme de él le escribí una carta para que la pudiese escuchar desde donde esté.

A mi vuelta tras la muerte de José Luís caí en una gran depresión. Un día me sentía tan mal, tan sola, con un vacío tan hondo que llamé al ayuntamiento para pedir ayuda y ahí me hablaron de Asdegal. Desde entonces me siento acompañada por dos voluntarias que me ayudan, además de mis amigas, claro.

Después de un recorrido en mi vida, pienso que estamos aprendiendo siempre. Pues como tuve una vida con tantos altibajos... con lo que más me quedo es que las buenas amistades suplen muchas veces incluso a la propia familia, ya que las amistades las elegimos, por lo que hay que cuidarlas. Son la familia que tú eliges.

Carta a Jose Luis escrita por Carmen

Fue una madrugada de abril cuando emprendiste el vuelo, ¿quieres que hablemos?, dijiste una noche antes, cuando sin decírnoslo sabíamos que el final estaba rondando tu cama.

*-No cariño descansa- dije en un acto cobarde o de rebel-
día ante lo inminente. Ahora me tortura el no saber q qui-
siste decirme. Yo flotaba en una nebulosa incierta, sola
ante la desolación de verte partir. El posponer aquello
era como una tregua al desenlace final, habías ganado
muchas batallas, tenía esperanza en tu fortaleza y mis
cuidados, no pudimos.*

*La sentencia que ocultaste dormía en un sobre encima
del mueble de la entrada que descubrí por casualidad
tres días antes y fue entonces cuando comprendí que
esa guerra estaba perdida. Abrázame y no me obligues
a comer, quizás quisiste decir eso. Afuera la primavera
siguió su curso y no entendí por qué..."*

Madre y Profesora



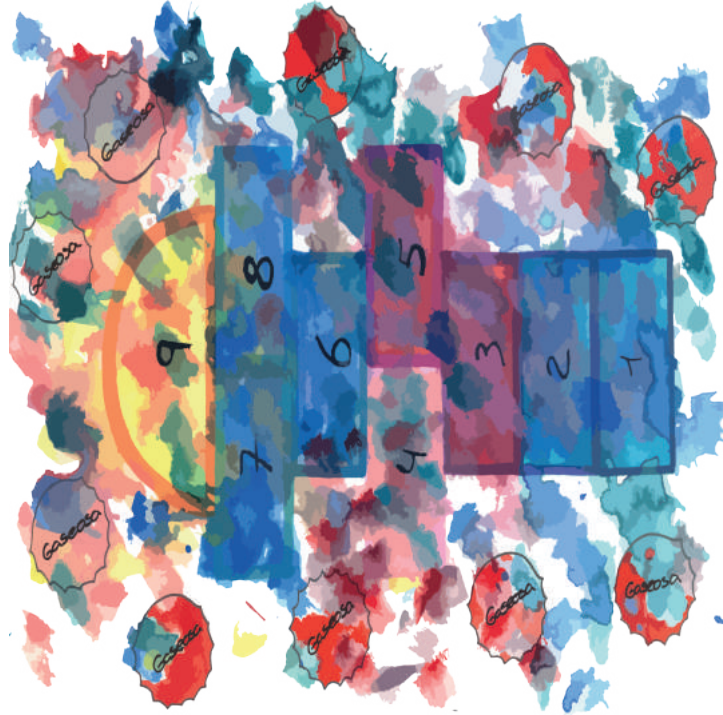
Pilar Temes
capítulo cinco

Tuve una infancia maravillosa, la recordaré siempre. Yo vivía en la calle Loriga. Todos nos conocíamos entonces de aquella. En aquella época no había coches. Había un coche de un vecino y un coche que llevaba mi padre para trabajar. Había gente de la calle y la calle era el patio de juegos.



Nos reuníamos todos, jugábamos a todo lo que podéis imaginar. Jugábamos a una enorme cuerda que pasaba de lado a lado en la calle, a la mariquitilla que ahora le llaman de otra manera, la rayuela. Jugábamos a los tapones de gaseosas y el resto los llenábamos de cera y entonces hacíamos unos caminos por el suelo que pintábamos con tiza y vamos dando con la mano a ver quién ganaba, si le dabas a otro o le echabas fuera de las rayas.

Nos juntamos de vez en cuando las de Loriga a tomar un café o a comer para recordar nuestros tiempos. Fue una preciosidad porque íbamos a casa de una señora, de una abuela de una de ellas y allí tenía una finquita. Ahí jugábamos a todo, hasta hacíamos teatros, nos hacíamos los vestidos de papel y ensayábamos lo que se nos ocurría. Hacíamos la obra y después poníamos un telón. Venían las mamás que querían, las abuelas. Lo montaba todo sencillo y además lo hacíamos nosotros todo. Producíamos los papeles, hacíamos falditas y después nos poníamos algo por aquí. Fue una infancia de verdad, mi infancia y mi adolescencia.



Todos los veranos mis padres nos llevaban a la montaña. Teníamos playa y montaña, y la verdad es que lo de la montaña era tremendo. El cambio de aires era muy recomendable. Seguimos haciéndolo toda la vida después de casada con mis hijos, siempre, y sin mis hijos, ya con ellos criados siempre nos fuimos por ahí a algún sitio a cambiar de aires. Además, la suerte de Galicia es que tenemos las dos cosas. Hay muchos paraísos en el mundo y estamos en uno de ellos.

De jovencita, me fui a Francia a estudiar y conocí todo Francia. Después volví a Francia con mi marido, de viaje de novios.

Visitamos Francia, Bélgica e Italia. Fue una experiencia muy buena porque yo era una persona muy tímida y me vino muy bien salir.

Me doy cuenta que a mis 85 años de vida he vivido tantísimos, tantísimos avances, tantas maravillas de la ciencia y hemos descubierto las estrellas. Ese es un período fantástico de verdad, de conocimientos y todo fue a una velocidad tremenda. Es una cosa increíble.

Después de trabajar en Francia, de estudiar en Francia, volví para dar clases. Me hice profesora de francés. En un anexo ahí mismo en el edificio de la Sorbona y era una escuela especial para extranjeros que quisieran enseñar el francés en sus países. Fue una manera de extender el idioma francés también. Tan pronto llegué, monté una academia pequeñita en mi calle. Diseñé las mesas, todas muy, muy modernas y tuve varios alumnos. Tuvo bastantes salidas. Luego me enteré de que necesitaban un adjunto de francés en el instituto Santa Irene, de aquella era el señor Curiel, el catedrático y Fidel. Estuve con él y me admitió como su ayudante y ahí estuve seis años. Mientras tanto, me había casado y ya tenía cuatro hijos. Después del último, como digo yo, primera tanda los tuve tres seguidos, otros tres.


Seguí trabajando aun teniendo a mis hijos, era muy raro pero mi madre siempre había querido que yo fuera independiente, aun casándome y todo lo demás tenía que ser independiente y lo logró a expensas de casi costarme una enfermedad. Aun así todo, todo lo que fui se lo debo a

mis padres, no cabe duda, porque hicieron ese esfuerzo de quedarse ellos sin su hija, era muy duro en aquella época. Después del instituto estuve en una academia de secretariado de cuyos propietarios y directores soy íntima amiga.

Luego me fui a dar clase también a la Escuela de Artes y Oficios. Había una plaza, fui ya me cogían, pero dije que tenía que pensarlo, sin embargo, llegué a la esquina y dije: voy a ir porque me interesa la Seguridad Social. Fue un acierto. Por mi parte estuve muchos años ahí hasta que me jubilé y, a parte, daba clases particulares a muchísima gente. Todo eso con ocho hijos.

Me hice la promesa de que al jubilarme estudiaría italiano, pero no pude empezar inmediatamente ya que mi marido estaba enfermo, sin embargo, después sí que me puse a estudiar italiano por internet y estuve cuatro años seguidos, entonces decidí ir a la Escuela Oficial de idiomas, pero tras un tiempo decidí dejarlo y continuar estudiando por mi cuenta porque perdía mucho tiempo al día en el transporte para poder llegar a la escuela.

Tengo amigos por todas partes, los tengo a montones porque además yo siempre soy amiga de mis alumnos. En cada clase tuve una hija, una íntima amiga. He venido de Argentina, de muchos sitios y siguen siendo mis amigas y me carteo por WhatsApp con algunas antiguas amigas.



No me planteo vivir con ninguno de mis hijos pero no por mí, sino por ellos, bueno, y un poco también por mí. En sus casas surgen sus intimidades y una persona de testigo que nunca quiso estar así provoca incomodidad. Ellos que tengan su vida, que los puedo ir a ver si me da la gana todos los días, pero vivir con ellos no.

Pasé por momentos difíciles, pero siempre salí adelante, no quitaría nada de mi vida.

Con un corazón solidario



Hortensia "Tensi" González
capítulo seis

Nací en Ourense, pero lo siento, soy viguesa hasta la médula. Me vine a los 9 años. Lo de ayudar siempre me gustó muchísimo, hacer cosas por los demás, además mi situación me lo permitía. Ya desde chavales hacíamos obras de teatro para recaudar fondos en Acción Católica.

En aquella época había menos gente que necesitase ayuda, pero sí que había familias más pobres. Una vez allí, hablando y paseando con una amiga de la infancia por la parroquia, fuimos a visitar a Don Antonio, a ver si nos dejaba el local de abajo, porque en la guardería hay dos habitaciones y podíamos así ayudar a la gente de aquí. Don Antonio, que era una bellísima persona, nos dejó. Entonces, poco a poco empezamos con familias de aquí y llegamos a reunir a un grupo de señoras para ver si querían colaborar como yo. Tuvimos una reunión y empezamos a tener socios que pagaban 100 pesetas al mes cada uno.

De recaudar el dinero se encargaba mi amiga de la infancia, pero, por desgracia, se puso enferma y al fallecer la gente dejó de pagar y no teníamos quien fuera de puerta en puerta cobrando.

Después, hablando así con una concejala, me dijo que tenía que crear estatutos para poder tener subvenciones, de lo contrario estaría perdida ya que no iba a tener ayudas nunca, y lo cierto es que se me empezaba a llenar de gente y no tenía dinero.

Ya después de legalizarla, hacer los estatutos, etc., me desanimaron y mucha gente me decía que no sería capaz de llevar la asociación, la verdad es que yo no creía que para ayudar a los que no tienen, hacía falta ser catedrático, y con una agencia conseguí que me concedieran la subvención de 500.000 pesetas.

Cuando tuve la asociación, me costó un poco buscar familias y personas que lo necesitasen, en Vigo nos metimos por los peores sitios. Llegamos a 60 familias pero pronto empezó a crecer.



Ayudamos cualquier familia que lo necesitase “somos todos iguales, necesitan comer igual, a mí me da lo mismo que vengan de donde vengan”. Le dábamos a todo el mundo ya que había gente que realmente no tenía nada (no me gusta la palabra “pobre”). Cuando empezó el COVID no cerré la asociación, solo ocho días y gestionaba todo por teléfono y no le faltó nada a nadie.

Ahora llegamos a atender a más de 600 familias. Si veo que son familias con niños les mando que me traigan una derivación, pero como la derivación tarda tanto, les digo que traigan esa cita y mientras yo atiendo, les doy de comer igual. En el momento que tienen la cita se les da la derivación.

Damos comida todos los días. Me llaman el día anterior pidiendo cita para el día siguiente y entonces me junto a lo mejor entre 40 y 42 familias, entonces ya preparo la mercancía y la pido. No me importa de donde vengan ni que vida llevan, solo me preocupo por las necesidades que tienen.

Actualmente la asociación vive del dinero de las subvenciones que nos dan, estirándolas y como no llega, tengo una póliza en el banco de 20.000 euros encima de mí, que tienen que cobrar de mi pensión porque ahora ya se me acabó la subvención. Porque lo que quiero es seguir ayudando.

Hay dos personas de las que quiero hablar, mi mejor amiga y mi hermano. Toda la vida viví acompañada de la que estuvo conmigo en la asociación más de treinta años, éramos como hermanas, ella pasó los peores momentos de mi vida conmigo, las pruebas, problemas que tuve de mi vida, los viví con ella.



La muerte de mi hermano la sentí más que la de mi madre. Además, era un santo, una bellísima persona, era un gran profesor, todo el mundo le quería. En esos momentos tan difíciles también estuve con esa amiga tan especial, realmente nos queríamos como hermanas y vivimos juntas 30 y tantos años hasta que se murió.



Después viví en Zamáns con mi hermano, cuando él murió me fui a vivir a Samil pero como no me gustaba estar sola me vine para la residencia. En esta residencia está mi otro hermano, pero él y yo nunca congeniamos para vivir, no podemos estar juntos mucho tiempo. A día de hoy me recogen en la residencia a las 6.50h hasta las 12.30h que es el tiempo que estoy en Afán y todos los días estaré así hasta que pueda.

Tensi es presidenta, fundadora y viguessa distinguida.

Una mujer emprendedora



Ángeles Vieira
capítulo siete

Tuve una infancia muy feliz, la más feliz que puede tener un niño, jugando todo el día en la calle. Nací en Vigo, de padre y madre vigueses. Mi padre era muy divertido y era el que se preocupaba y organizaba todo, mi madre era más bien callada pero muy cariñosa.



Después del bachiller me fui a estudiar la carrera de química a Santiago, donde posteriormente, en el segundo curso cogí una insolación que marcaría mi vida. La insolación fue justo en mayo y no pude examinarme. En septiembre tuve una pleuresía que me hizo estar meses encamada, por lo que perdí todo el año lectivo, aunque durante ese tiempo estudié inglés. Después de ese año me fui a estudiar a Madrid porque me venía bien un clima tan seco, pero yo había cambiado totalmente, ya no era tan activa y además no asimilaba igual de bien lo que estudiaba.

El primer año me costó muchísimo y aprobé muy pocas, así que terminé por dejar la carrera y me fui a Inglaterra donde estuve un año en una residencia universitaria estudiando inglés, luego me volví a Vigo porque estaba aquí mi novio, el que después sería mi marido.

Me dediqué a dar clases de inglés, hasta que finalmente empecé a trabajar con mi marido en la aseguradora. Cuando hicieron obligatorio tener el título para hacer seguros, me fui a Barcelona a sacarlo. Trabajé con él hasta que se jubiló y quedó todo a mi nombre, aunque ahora pienso que hice mal. Debí haber trabajado por mi cuenta, porque así habría tenido yo mi vida. Tuvimos dificultades económicas, ya que mi marido consentía las deudas de la gente de confianza, y al final terminaron por debernos mucho dinero. Además, cuando nos jubilamos, la seguridad social se equivocó con nuestra pensión, y nos quedó bajísima.

A raíz de la insolación no pude tener hijos, y yo quería haber sido madrísima. Pensamos en adoptar, pero nunca nos atrevimos. Así que me dediqué a mis sobrinos, fui como una madre para ellos. De mayores vinimos a la residencia porque a mi marido le diagnosticaron párkinson y ya no podía atenderlo. La ventaja que tengo es que acepto las cosas que me tocan en la vida, y tiro para delante.

EFAS femeninas

A mi marido un día le prestaron un libro mientras estábamos de vacaciones. Lo había escrito un señor que era ingeniero y había viajado a Francia. Allí conoció una organización de campesinos franceses que hicieron unas escuelas agrarias, organizadas por ellos mismos para mejorar la vida de sus hijos. Para que no acabaran el colegio y se metieran en el campo sin más, si no que pudieran seguir aprendiendo.

Eran unas escuelas en las que estaban dos semanas allí internos y una semana en casa. Estudió la manera de hacerlo aquí aunque él era de una institución de la iglesia católica, no hacía falta ser de esa institución para hacer una escuela así, solamente necesitaba gente que lo ayudara. Mi marido como había leído el libro y estaba entusiasmado quiso colaborar y me animó a mi también.

Y nos pusimos manos a la obra. Consiguieron que el Comité y la Diputación les dieran la concesión, por unos años, de la casa de una marquesa, que estaba allí abandonada. Hubo que arreglarla porque se



estaba cayendo, trabajamos todos. Primero los albañiles hicieron las cosas que nosotros no podíamos, pero yo recuerdo fregar con cera y lana de acero un piano negro que había. Uno de los albañiles dijo: “yo creo que no es negro de todo” y nos enseñó a limpiarlo. Cuando terminamos nos dimos cuenta de que era marrón como la madera, quedó precioso... Tuvimos que fregarlo durante una semana. Y así todo el mundo trabajaba, y trabajábamos en todo. Cuando empezaron las clases fue una maravilla. Para mí fue un aprender de la vida, y a cualquiera que estuviera allí le pasó lo mismo.

Al principio tuvieron que ir por ahí explicando en qué consistían las escuelas, y por lo visto fueron sobre todo las abuelas las que quisieron que se apuntaran sus nietas. Luego hicieron una obra de teatro donde explicaban eso: “Eu non quero que a niña neta se quede aquí como fixen eu, que vaia alí e coñeza outras cousas”. La cosa era convencer a los padres de que, al salir de la escuela, las niñas pudieran ir a un sitio a seguir aprendiendo (pagando, claro, si no pagaban dejaban de ir al momento), porque las niñas no estaban en edad de tomar esa decisión. Pagaban, pero allí las niñas tenían de todo: desayuno, comida, cena, limpieza... Aunque las niñas también trabajaban en la limpieza de la casa, como es lógico, la casa era de todos. Pero les hacían la comida, les lavaban la ropa, les planchaban... solo les obligaban a mantener su zona limpia. Y también las educábamos, claro. Cuando bajaban las escaleras era como si bajara una caballería entera... Y les decíamos “¿habéis escuchado el ruido que hicisteis? Pues hala, subid y volved a bajar en

silencio. ¡Y rapidito!” Así cada día, si tenían que volver a subir todos los días, lo hacían. Luego, entre ellas, querían una preparación, una visita que fuera a hacer una tertulia con ellas. Esas visitas las preparaban. Por ejemplo, les decían “va a venir un oculista, en estos tres días tenéis que reuniros en grupos y preparar unas preguntas”.

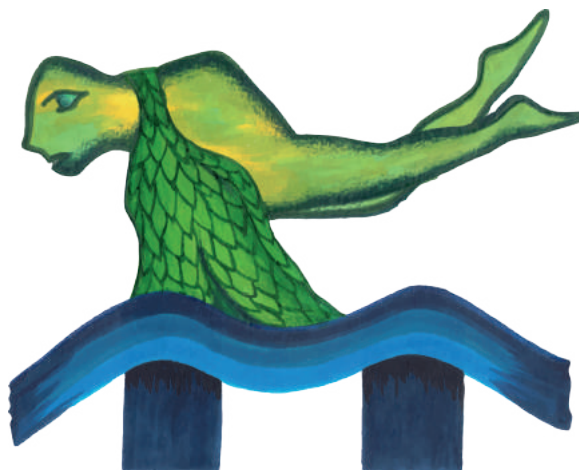
La primera tertulia era la más peliaguda, no tenían confianza y no sabían que preguntar. Así que la primera visita era yo, que me veían todos los días. La tertulia era conmigo y hablábamos de cosas de casa, de la vida... Yo sabía que un día se asustaron de una cosa y ya se la decía todas las veces, porque daba pie a las risas y a la juerga. Les decía: “una cosa que tenemos que aprender es a aprovechar la comida. En los pueblos no se sabe porque hay animales y la



comida que sobra se les da a los animales. Pero en las casas no se hace eso. Yo si algún día hago pescadococido, a lo mejor sí que hago un poco de más para que me sobre, porque así con eso hago una tortilla de pescado riquísima” Y todas decían: “¡Por Dios! ¡Qué asco!” Yo les decía: “¡Tenéis que probarla! Decidles a vuestras abuelas que la prueben, ya veréis como les encanta” Todas decían que eran sus abuelas las que cocinaban. Yo les daba la receta y todas la apuntaban.

Ellas empezaron a estudiar el campo, cosas de su campo. Uno de los trabajos que hacían a la semana que estaban en casa era sobre los cultivos que se hacían en su casa. Otra semana un trabajo sobre la familia: Cuántos eran, quiénes eran, cómo vivían, dónde vivían, qué casa tenían... Luego el siguiente trabajo era sobre su parroquia, y finalmente sobre el pueblo. Para el trabajo del pueblo tenían que entrevistar al alcalde, a concejales... ya para enterarse de muchos datos. Entonces tenían ya una soltura para hablar con gente de fuera que no tenían los niños que solo habían estudiado lo teórico, como nosotros.

A veces hacíamos visitas a centros o a fábricas. Una de las veces fuimos, por su puesto, a Porriño, a lo de los abonos. Íbamos con un técnico que nos enseñó toda la fábrica. Nos enseñó un producto que era para las malas hierbas. Nos decía que aquí en Galicia dejaban crecer todo y después perdían cosechas, porque no sabían. Y una de las chicas le dijo: “Mire, perdone, ¿Y quién les tiene que enseñar eso? ¡Serán ustedes!” y él le respondió: “nosotros ya les enseñamos” Ella le decía: “Yo creo que esa información no llega, porque a un amigo mío le dieron de ese producto para las hierbas y mató las malas hierbas, los cultivos que tenía y todo. Entonces claro, no volvió a comprarlo ni él, ni ninguno de sus vecinos. Así que tendrán que ser ustedes los que, si quieren que la gente aprenda, ir a enseñar” Esto se lo dijo una niña de 14 años al técnico de la fábrica, eran así.



Tenían que haber existido escuelas así por toda España. Era impresionante el cambio que se notaba en esas chicas. Tuvimos mucha suerte con las profesionales que vinieron a vivir a la escuela. Les enseñaban de verdad a ser futuras profesionales.

Dentro de los estudios que realizaron quiero destacar a una alumna, que destacó por sus estudios para mejorar la zona donde vivía. El primer estudio fue sobre los ríos de toda la zona, pues tenían un problema con la llevada del agua.

Todas las casas recibían agua del mismo riachuelo y tenía que ir uno a la hora que le tocara, fueran las dos de la mañana o la una de la tarde, a quitar las piedras para que el agua fuera a su casa. Esto, además, con las trampas de los que fueran más listos. Pues esta chica hizo un estudio de cómo aprovechar el manantial, lo presentaron en Madrid y se hizo.

Más tarde se dio cuenta de que lo que hacía falta eran más guarderías, porque lo que no podía ser es que las madres llevaran a los niños al campo para dejarlos debajo de un árbol y poder seguir trabajando, eso era vergonzoso. Que donde más falta hacían las guarderías eran en los pueblos y no en las ciudades. Y era verdad, nadie pensaba en una guardería para las aldeas. Pues al final pusieron una guardería.

Y así cada una tenía una idea que desarrollaba, porque era su trabajo de fin de carrera, y salieron cosas maravillosas.

A mí me hizo muchísimo bien ver eso, la inteligencia que podía tener una persona que no había tenido la posibilidad de formación desde pequeña, solo con guiarla bien durante tres años, que era el tiempo que pasaban en la escuela.

